

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 23 de Diciembre de 1897

Núm. 370

E. WILMISCH



Cómo caen las almas en la Tierra

Burlas y veras

¡ Dios sea loado !

Ya no hay filipinos ; es decir, los hay, pero no en guerra. Su actitud es pacífica, muy pacífica ; no quieren andar á salto de mata ni á cuatro pies, como presumo que correrían muchas veces declarándose en fuga vergonzosa (frase obligada... del telégrafo periodístico).

En fin, Sagasta está satisfecho, que es lo principal. Yo también lo estoy. ¿ Vamos á distinguir entre el jefe de los liberales y mi humilde persona en cosas tan... de la intimidad *de uno* ? El fué miliciano ¿ y quién podría jurar que yo no lo habría sido también alcanzando los buenos tiempos de su juventud ? Lo que digo es que amo á la patria con amor reverente y devoto... Sin gotas, vaya, sin música de Chueca.

Los españoles todos debemos regocijarnos, por lo menos oficialmente, desde la hora feliz en que publicó extraordinario la *Gaceta*. ¿ Quién duda ya ? Nuestros abuelos no creían en la *Gaceta*, pero yo sí.

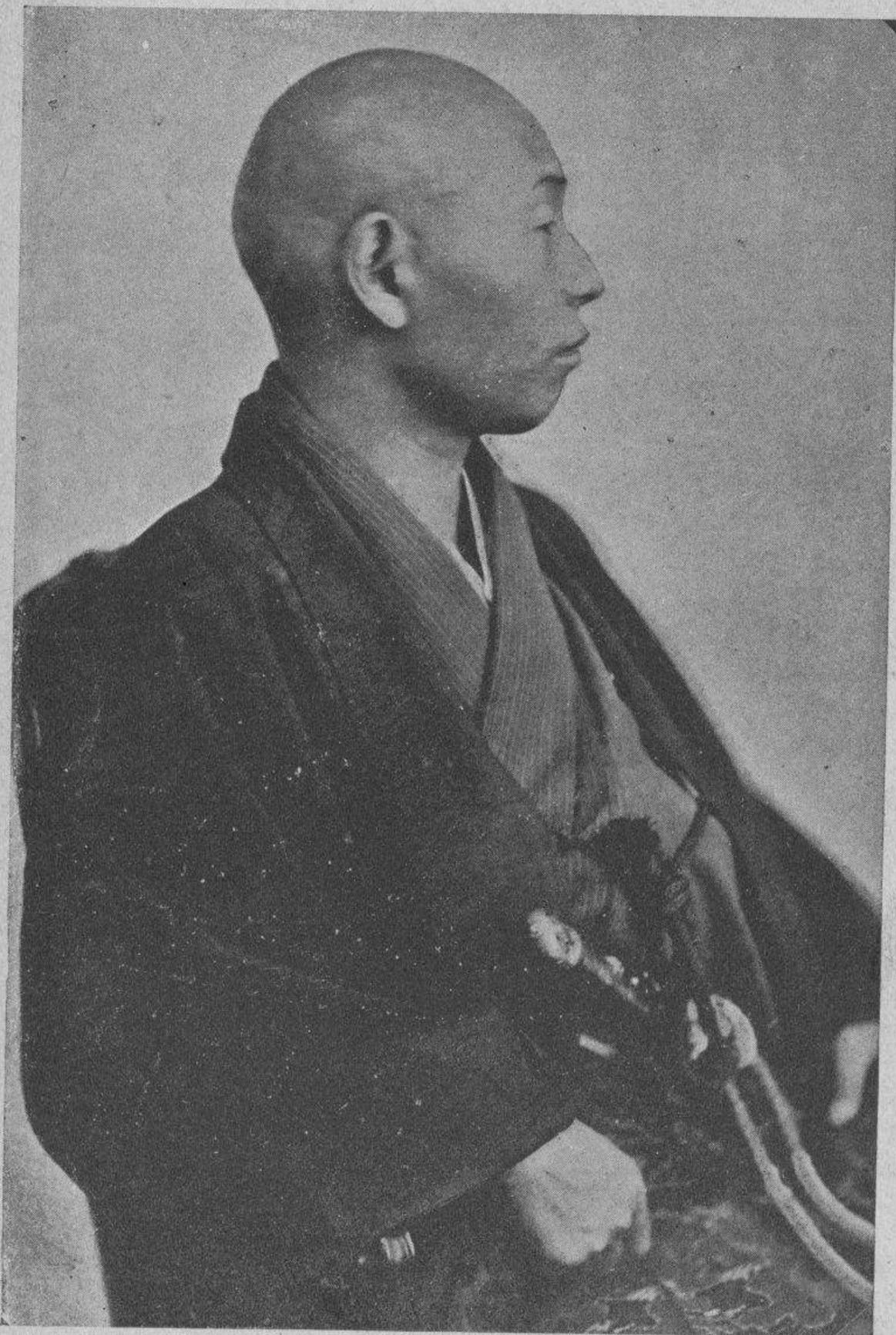
Los que están en el ajo, ó más fino, en el secreto, ponen colgaduras, y me parece que la prueba no puede ser más sugestiva. Yo me entusiasmo cuando veo galas y adornos en los balcones, sobre todo si son balcones de casa grande, de edificios públicos. En

esta ocasión tengo para mí que, cuando tal hacen, bien sabrán esos centros donde les aprieta el zapato á los rebeldes (ahora ya no sé si bien ó mal llamados rebeldes) y cómo. Figúrome que lo de las negociaciones para la paz, hoy por hoy, va á resultarnos cosa de veras y no de burlas.

Y es que, señores, los tagalos serán tan tagalos como ustedes quieran, pero á nadie le amarga un dulce y á cada hijo de vecino nos gusta pasar las Navidades bien.

Como el Archipiélago, en buen hora se cuente, no ha dejado de ser español, allí también se celebra la fiesta de la familia, y la bandera de la rebelión tiene muy mala sombra para los regocijos.

Aguinaldo (el cabe-cilla) ha entendido su nombre ; ¡ qué otra ocasión como ésta en que le rinden culto la mayoría de los españoles ! « Seamos prácticos, se habrá dicho. Entre andar metido por las rocas abruptas, como las alimañas, y tumbarme á la bartola, es preferible recordar á Primo de Ribera que estamos en época de propina y que yo me llamo así... digo, Aguinaldo. »



Tipos asiáticos

Y se ha ido ó se
va á Hong-Kong.

*
**

No importa. Aunque es cierto que eso de los aguinaldos es una de las múltiples costumbres malas que hemos heredado de nuestros abuelos, por esta vez vale la pena de transigir.

¡Que si vale!

En muchos hogares vacíos se celebrará la noche buena, aunque esté volcado el plato del hijo ausente. Las madres llorarán de alegría y esas lágrimas no tienen precio, ni hay oro en la nación que las recompense. ¡Qué va á haber, hombre!

Además podemos consolarnos diciendo con un periódico que terminan así, negociando, sus guerras coloniales, Inglaterra y Francia.

Positivamente, por mucho dinero que nos cueste la presentación de los cabecillas, algunos milloneros más nos habría costado continuar la guerra.

Y salimos con una de dos.

Es decir: con una paz.. La otra, ¡oh, la otra! autonómicamente y todo, Dios dirá, como en los juicios de los almanaques. ¡Ojalá la palabra bendita sea pronunciada pronto en los altos é inexcusables designios de la Providencia!

Porque si bien he leído ya en los telegramas de última hora que se esperan sucesos de trascendental importancia, no me fio ¡cá! que nó.

Si se hubieran presentado los principales en Cuba para Pascua, entonces sí que habríamos obtenido los españoles un buen aguinaldo; pero ¡mientras no publique otro extraordinario la *Gaceta*!

Ahora sólo falta que la insurrección tagala no haga lo que las viruelas: que se reproducen.

Ignoro si Sagasta sabrá impedirlo. Yo sí sabría.

Y eso que no he sido miliciano.

CLAK.



Tipos asiáticos

◆

Soneto

Me consume la sed de los amores
Y huyo, Laura, anhelante de tu lado:
Fueran para mi pecho enamorado
Ponzoña y no consuelo tus favores.
Para calmar su sed y sus dolores,
No busca el peregrino fatigado
La honda extensión del piélago salado;

Busca la fuente que brotó entre flores.
Aunque el arrullo de tu voz escucho
Y á amarte tu belleza me provoca,
No en conmoverte mi constancia agoto.
No por tornarte compasiva lucho;
Sé, por mi mal, que á la insensible roca
Sólo puede moverla el terremoto.

José J. HERRERO.

Equivocación

La jornada había sido tremenda. Levantados á las tres de la madrugada, cuando sonaron los *golpes* precursores de la marcha, media hora más tarde salíamos de Puig Pelat maldiciendo aquella caminata matinal, y tomábamos el camino de Prats de Llussanés. Subiendo y bajando montes, topamos con el enemigo después de una marcha de siete horas. En tanto que la vanguardia tiroteaba á los grupos contrarios, tomamos posición junto á un bosque, apoyándonos en él y en una ermita que se levantaba sobre un cerro al otro lado de un arroyo que del bosque salía. Las cuatro piezas de artillería se establecieron á la derecha de la ermita, y principió el fuego, que duró cuatro mortales horas.

Después de habernos fastidiado el enemigo con bruscas irrupciones en el bosque y con fuegos de flanco para ver si cedíamos el terreno, tuvo á bien retirarse en desorden, gracias á una carga brillante de dos escuadrones, que rompieron su centro é iniciaron la desbandada. Pero, por desgracia, pasaba todo esto en verano, y á las cuatro de la tarde quedaban muchas horas de día. Sin tener en cuenta que no habíamos comido poco ni mucho, y que nos caíamos de fatiga, la columna recibió la orden de perseguir al enemigo, y al obscurecer entrábamos en Prats de Llussanés, después de subir la famosa cuesta del Calvario, que no desmiente su nombre.

En tanto que la caballería continuaba trotando detrás de un enemigo que no veía, á riesgo de caer en una emboscada, se nos alojó en las casas del pueblo. A nosotros nos tocó una de la Plaza, de buen aspecto y habitada únicamente por mujeres. La más anciana de ellas, que era la dueña de la casa y de la tienda de ropas, tenía una hija que parecía un cabo de granaderos, y este marimacho era madre de dos pimpollos de diez y seis y diez y ocho años respectivamente. que no parecían experimentar grandes simpatías por nosotros, según lo que procuraban esconderse y callar.

Compañeros míos de alojamiento eran un bravo chico muy callado y muy serio, hijo de Navarra, y un murciano alto y recio, charlatán empedernido, amante de las mujeres y del vino en grado superlativo, y que jamás se había distinguido, ni en escaramuzas ni en combates, por su entusiasmo y su decisión.

Los tres estábamos muertos de sueño. La vieja nos ofreció qué cenar y aceptamos con gusto. Durante la cena nos hicimos amigos de aquellas mujeres, que rieron de buena gana escuchando las gracias, un tanto burdas y no muy cultas, del murciano y la relación que yo les hice de las desventuras que á mis compañeros les habían ocurrido por no saber hablar catalán.

En la habitación que nos destinaron había una cama y un catre. En aquélla nos tumbamos el navarro y yo, y en éste el endiablado murciano, que mientras se desnudaba, dijo:

—Ya he descubierto dónde duermen las muchachas, y me parece...

—¿Qué?

—Nada; yo me entiendo.

—Bueno; entiende lo que quieras, pero haznos el favor de callar.

Apagada la luz, á los cinco minutos dormíamos como bienaventurados.

A media noche nos despertó un estrépito espantoso. Se sentía en el cuarto de al lado ruido de lucha, de muebles que caían, de cachivaches que rodaban por el suelo ó se estrellaban en él. Ninguna voz oíamos. De un salto nos pusimos de pie el navarro y yo, y cogiendo los fusiles, nos dirigimos hacia el punto del combate.

Encendí una cerilla y ví con estupor que el catre del murciano estaba vacío. Al llegar al cuarto de al lado nos encontramos con una escena ridícula.

La vieja y su hija, la que tenía apariencias de marimacho, golpeaban con toda su alma sobre el cuerpo derrengado de nuestro desdichado compañero, que no acertaba siquiera á defenderse.

Al aparecer nosotros con la luz terminó la batalla.

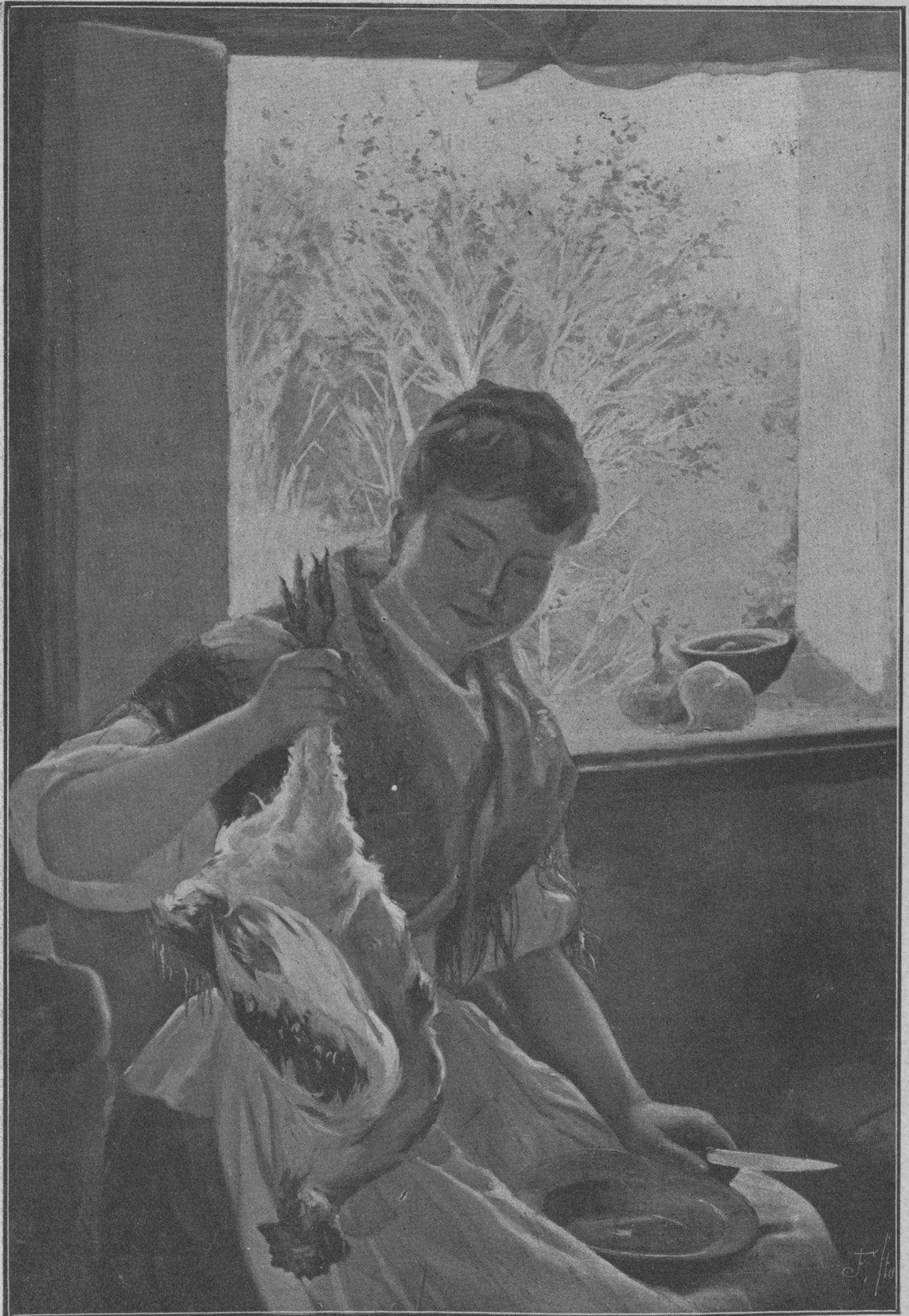
—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué te pegan esas mujeres?

—No sé. Una equivocación.

—¡Ah! ¿sí? — rugió el marimacho: — ¿una equivocación? ¿Y por qué ha entrado usted aquí? ¿Por qué se empeñaba en hablar á mi madre?

Calmé como pude aquel par de furias, y al día siguiente, cuando nos despedimos de la agreste familia, no podía permanecer serio viendo la cara con que la vieja miraba al guapo murciano. ¿Quién sabe si sentía que la equivocación se hubiese deshecho por causa de su hija?

A. RIERA.



¡ Buenas Pascuas !



Colás á María

CARTA DE NOCHEBUENA

Esta carta que te escribo,
te la escribo en la Manigua;
la escritura será exigua,
porque no tengo motivo.

Ayer se empeñó la acción,
reñida la lucha fué...
yo á retaguardia me hallé
de *toico* el batallón.

Antes del fuego el tiniente
vino y me dice: «muchacho,
tú eres el más mamarracho
y *tamién* el más valiente.

Por tanto, como no quiero
que destruyas con tus prontos
el plan, vete con los tontos
en ayuda del ranchero».

No te figures Marieta
que andaba el hombre turbado,
yo en seguida habría entrado
solo y *tóo*, á la bayoneta.

Pero no podía *sel*
en aquel trance cruento,
porque mandó «fuego lento»
su *esselensia* el coronel.

¡*Pus pá* que veas si es pique
de la suerte! haciendo el rancho
vino una bala de un *Pancho*
y me hirió el dedo meñique.

Es decir, el pequeñito,
recuerda, aquel que mordían
cuando en celos se encendían
tus dientes de ratoncito.

Y así ya ves, yo no *pueo*
escribirte carta alguna,
la escribe el cabo Porcuna,
pus no me vale á mí el *deo*!

Es verdad que en ello incurro
aunque lo tenga *mu* diestro,
tiene la culpa el maestro
que me enseñó ¡y era un burro!

Dígele al Cabo: «á escribir;
aunque contuso, mi nena
en noche de Noche Buena
carta debe recibir.

Ya que yo me encuentro lejos
y no pueda ir á arrullarla
con mi *sonorosa* charla,
voy á darle unos consejos.

Sepa que estoy vivo y sano,
aunque herido en el meñique,
y que me sobra palique
en el resto de la mano,
pa santiguarle la cara
si sé que reza el rosario
al lado del boticario,
que me han dicho que la achara

con sus *quereles* de *ungüento*;
que es más nombre, sin distingos,
no aquel que huele á potingos,
el que huele á campamento;

que no quiero que la soplen
en el baile de la *plasa*;
que se esté metía en casa;
que no dé pie á que la *coplén*.

Y en fin, que se acuerde que
pasaré la noche en vela
haciendo la centinela,
y que un día volveré,

y en volviendo no me engancho,
que en estas cosas no *queo*
pa que me cojan un *deo*
ayudando á hacer el rancho.

Conque, lucero, ya estás
al cabo de estas verdades,
pasa bien las Navidades
y queda tuyo

Colás».

Por la copia, JORGE RICO.

Los jueves, POR JULIÁN

Ya lo sabrán ustedes
y la noticia, por lo tanto, excuso;
¿pero, vamos á ver, no es cosa extraña
que así se deje engatusar *un tuno*
aunque suceda el hecho
¡oh lectores amados! en El Burgo?
Aventuras extrañas me pasaron
y le ocurren á todos en el mundo.
Una noche muy clara, en Cartagena
un joven vino á regalarme un puro,
y nada malo ví en él, como no fuese
llevar, según discurro,
afeitada la cara, y la cintura
sujeta de un corsé al horrible yugo.
Pero al menos el *hombre* me ofrecía
su tabaco discreto, hablando culto,
y dándome una cita con graciosas
salvedades y muchos
y alegres circunloquios, en el muelle
por ser el sitio recatado, oculto.
Acudí yo, ¿por qué no he de decirlo?

Teníamos que hablar de Victor Hugo,
de Schubert y Mozart, de Wagner y otros
varones linajudos;
pero al llegar me ví, suerte funesta,
con que el hombre más sabio es un cazurro:
¡vestido de levita le obligaron
á bañarse unos chuscos!
Pero vamos, ¿no es eso muy distinto
á las escenas sin igual de El Burgo?
¡Un hombre, que es muy hombre, porque al cabo
tiene el semblante duro,
vestido de mujer, á un árbol preso,
y orejas con pendientes ¿lo vió alguno?
No extraño que la gente más sensata
un complot haya olido en el asunto,
pues á la postre, digo que no creo
¡qué he de creer, lo juro!
en tales aventuras, que eran propias
de tiempos en que Sancho andaba en burro
y no iban los civiles por el campo...
ni sabían en donde estaba El Burgo.

La zambomba azul

(CUENTO DE NOCHEBUENA)

Al llegar á la puerta de la cacharrería, Blasillo se detuvo asombrado... En el mismo dintel, á la derecha, alzabase una soberbia pirámide de zambombas, torre caprichosa allí enclavada para aprisionar la voluntad de los rapaces y que denotaba el exquisito gusto artístico que dirigió la mano del industrial.

Apoyadas unas sobre otras, aquellas zambombas, huecas y ufanas, semejaban una exposición de corazones henchidos de vanidad, como los que llevaban en el pecho tres ó cuatro niños que salieron del establecimiento y pasaron junto á Blas, abrazando el abigarrado instrumento, sin cuidarse para nada de nuestro pequeño héroe.

— ¡Qué felices son los ricos! — debió de pensar Blasillo, á juzgar por la envidiosa mirada con que siguió á los mimados hijos de la fortuna.

¡Ah! El era pobre, tan pobre, que pedía limosna para saciar el hambre, enemigo constante y cercano que algunos días le proporcionaba ratos muy feos. El dinero recogido en sus postulaciones diarias era vedado para él. Demasiado lo sabía: aquellos céntimos miserables que la caridad colocaba en su manecita sucia, constituían una suma sagrada, que se destinaba al gasto de botica.

Era obligación ineludible: su abuela, *la Huesuda*, como la llamaban en el pueblo, padecía una enfermedad terrible, no tanto como su genio arisco y regañón; el nieto la temía, pues cuando regresaba á la buhardilla, después de anochecido, sin llevar en el mugriento bolsillo la cantidad necesaria, la vieja se enfurecía y obligaba al pobre niño á acercarse á su deshilachado jergón, y una vez al alcance de sus manos, largas y rugosas como la garra del gavilán, arañaba sin compasión á aquel pillo, que de seguro habría gastado en golosinas lo que faltaba para completar el importe del medicamento.

No quería ir al hospital; una hija suya, la madre de Blas, murió allí, conducida por los desórdenes de una vida licenciosa y depravada. Era público en el pueblo que *la Huesuda* hizo tráfico infame con la carne de su hija, y de ahí que la vieja se resistiese á ingresar en la casa que la caridad le ofrecía.

Por eso Blas mortificaba á los transeuntes, apelando á la tenacidad para lograr reunir

M. STOKES



Adoración

J. PASSOS



Esta noche es noche buena
¡y cómo me acuerdo, madre,
de lo que pasa en la tierra!

(Cantar de Juan Soldado)

en su bolsillo lo que valía la medicina... La imagen amenazadora de *la Huesuda* empujábale con fuerza irresistible hacia aquellos de quienes dependía que evitara del prometido tormento; y más de una vez, acosado su infantil corazón por lo avanzado de la hora y lo exiguo de la limosna recogida, sentía el pobre Blas que una ola de lágrimas hinchaba y enrojecía sus grandes ojos negros, y era de ver entonces cómo asía de las capas á los caballeros y de los velos á las señoras, con el mismo ahinco que un náufrago, balbuceando con voz temblona la caritativa demanda.

Largo rato permaneció el muchacho contemplando las zambombas con avidez de hambriento y éxtasis de enamorado. Otros dos niños salieron de la cacharrería, asegurando bajo el brazo los pintados instrumentos, á los que arrancaban, con incansable mano, ronquidos guturales que para Blasillo encerraban una armonía deliciosa, llena de encantos y seducciones...

Instintivamente introdujo la fría diestra en el hondo bolsillo del pantalón. Allí llevaba la limosna de todo el día: para la abuela había poco, para la zambomba, suficiente.

Blas vaciló. Establecióse una lucha violenta entre su amortiguado cariño de nieto y su poderosa inclinación de muchacho; sintió en su pensamiento el flujo y reflujo de ideas encontradas, algo así como esfuerzos de sentimientos enemigos, empujones del deseo y pinchazos de la conciencia... y el desdichado mendigo, movido por todos estos afectos, hallóse inconscientemente en mitad de la tienda, con un puñado de céntimos en la mano y dos ó tres palabras débiles en los labios.

¿Que cuál quería? Aquella azul de arriba, de caña muy larga, con guedeja abundante de papel rizado. Pagó antes, y al tomarla de manos del dependiente, Blasillo experimentó un escalotrió de placer, un acosón de dicha alcanzada... y no pudo resistir á la tentación de empuñar la caña, á la que imprimió dos fuertes apretones de arriba á abajo. La zambomba exhaló dos sonidos retumbantes y monótonos, como el ronquido de un moribundo.

Blasillo se detuvo, y sin saber por qué, sintió miedo. El cosquilleo de su conciencia trájole á las mientes el recuerdo de *la Huesuda*, calenturienta, tendida sobre aquel jergón deshecho, esperando con la vuelta del nieto la deseada medicina.

Era ya muy tarde para seguir pidiendo. Probó á hacerlo y nadie le atendió. El muchacho cruzó varias calles sin rumbo fijo, sonándole en los oídos una voz acusadora, el *janda, anda!* del Judío Errante, y sin darse cuenta llegó á la casucha, bajo cuyo techo, en aquel cuarto agrietado del último piso, estaría la terrible vieja, desesperada por la tardanza del granuja.

Blasillo empujó la entornada puerta, cruzó á obscuras el portal, y á tientas comenzó á subir la escalera. A medida que avanzaba, aumentábanse su miedo y su remordimiento: la zambomba pesaba sobre su brazo y más aun sobre su conciencia.

Llegó al penúltimo tramo, y allí se detuvo un instante para ocultar bajo la bufanda el motivo de su pecado. ¡Dios de Dios, si la abuela descubriera aquel juguete de barro!

Temblando y falto de aliento, el niño siguió subiendo; de repente se paró; llegaba hasta él, con la blanda claridad de la buhardilla, un gemido gutural y entrecortado. Blasillo se asustó: por fuerza su abuela había empeorado gravemente.

Aún mohino y receloso, empujó la puerta de la mísera habitación.

La oscilante luz de una lamparilla iluminaba siniestramente á *la Huesuda*, desarropada por completo sobre el jergón; sus ojos estaban abiertos extraordinariamente y era su respiración un resoplido ronco, que arrojaba á los cárdenos labios una espuma biliosa y repugnante.

La zambomba se escapó del brazo de Blas, produciendo, al chocar contra el suelo, un golpe seco, extraño, como el de un cráneo que se rompe. La vieja miró fijamente hacia aquel sitio, agitando con ansiedad sus brazos largos y enjutos, que parecían dos haces de tendones estirados...

Blasillo se acercó; ella, en una de aquellas brazadas furiosas, encontró la mano temblorosa del muchacho, y apretándola con fuerza salvaje, exhaló un grito estridente, mientras Blasillo, pálido de terror y sobrecogido de flaqueza, caía arrodillado junto al cuerpo helado de su abuela, rendido por aquella mano rígida que atenazaba la suya.

Como si la agonía de *la Huesuda* fuese medida por la cantidad de aceite de la lamparilla, la luz comenzó á oscilar rápidamente, arrojando á las ahumadas bovedillas sombras veloces que se sucedían en misteriosa danza; y cuando ambas agonías cesaron y las tinieblas envolvieron el triste cochitril, el aire frío de la noche llevó hasta allí los roncocos ecos de las zambombas, que saludaban el nacimiento del Niño-Dios.

V. SERRANO CLAVERO.

Más vale callar...

— Pues sí, chico, me caso...

La sonrisa, la mirada que acompañaron á estas palabras, el acento con que fueron pronunciadas, revelaban una felicidad tan tranquila y tan plácida, pero al mismo tiempo tan honda, que no me sentí con fuerzas para turbarla en una sola reflexión, y decirle á Perico que á mi entender, el casarse, esto es: el casarse él, un muchacho anémico, enfermizo, de pulmones débiles y temperamento neurasténico, era ¡digo si lo era! un verdadero disparate.

— Verás...—continuó mi antiguo condiscípulo de latinidad, como si hubiese querido impugnar de antemano toda objeción á su proyecto, — yo tengo absoluta necesidad de casarme; bien lo sabes tú...

— ¡Yo! — repliqué entre chanzas y veras, — no, hijo, nó... yo no sé nada más que una cosa, y es que el hombre sensato no se casa nunca.

— Déjate de guasas... Bien sabes, repito, que á mí me conviene el casarme. Mi tía Clarita, que me hizo las veces de madre, está muy achacosa, y muy viejecita ya; no puede con el peso de la casa y su salud; vale tan poca cosa, que temo, el día menos pensado, encontrármela muerta. Y si esto sucede, ¿cómo me las compongo yo, solo, sin ningún pariente cercano, sin ninguno de esos cariños íntimos, «caseros», por decirlo así, á que estoy acostumbrado y de que no podría pasarme?... Además, mi salud es algo precaria: eso bien lo sabes.

ANTIGNA



¡Que llega el ángel!

— ¡Bah! aprensiones tuyas...

— ¡Bah! aprensiones tuyas...

— No son aprensiones: mi constitución es muy flojita y requiere cuidados solícitos, constantes, como sólo puede prodigarlos una esposa. Casándome, sé al menos que me veré atendido, rodeado de ese afecto íntimo que sólo encuentra el hombre en el corazón de una buena esposa, en los santos lazos de la familia que uno se crea, en el calor del hogar doméstico, en...

— ¡Alto, Perico, alto! — exclamé cortando algo brutalmente el creciente entusiasmo de mi amigo, — no te encarames tan presto... El matrimonio es un problema que con frecuencia sale resuelto al revés de lo que uno espera: ¿quién no te dice á tí que tu mujer, en vez de rosa, resultará espina?...

— Si conocieses, como conocerás pronto, á la que debe ser mi media naranja, no te ocurriría el decir eso.

— Una perla... ¿verdad? — pregunté irónicamente.

— Sí, una perla; —

É. KLÍMSCHĚ



La familia. — Goces íntimos

contestóme con tono serio, lleno de convicción.—Una joven sencilla, modesta, virtuosa, de carácter franco, expansivo y corazón afectuoso, tierno...

—¡Chico! ¡cuántas gangas!... no te falta más sino que sea rica y guapa.

—Rica no lo es, ni me hace falta; tengo yo lo suficiente para mantener á mi mujer con decoro y con comodidad bastantes para que no pueda arrepentirse nunca de haber unido su suerte á la mía. Cuanto á guapa... sólo te diré que á mis ojos lo es más que ninguna otra.

—¡Infeliz! — dije en mis adentros, dirigiendo una involuntaria mirada de compasión al físico enclenque, al rostro amarillento y chupado de Perico.

—Quiero enseñarte su retrato — prosiguió él, sacando de su cartera una fotografía que me alargó.

No sé todavía por qué prodigio de voluntad logré contener el grito de estupefacción que iba á estallar entre mis labios. A la primera ojeada había reconocido el graciosísimo semblante de Carmelita, la bella entretenida, la gentil impura, á quien tantas veces había tenido en mis brazos, y cuyas venales caricias adquirieron sucesivamente el coronel López, el banquero Fernández, el ingeniero González, García, el pintor de acuarelas, Giménez, el escribano, y otros cuyo nombre no recuerdo ó no supe jamás. Sí; no cabía duda: era ella; la mismísima Remedios, de cuyo rostro no habían logrado borrar cinco años de libertinaje y de licenciosa vida la expresión de candor, casi diría de virginal recato, que la irónica Naturaleza se empeñara en darle y en mantenerle. ¿Y de esa mujer, de esa cortesana quería hacer el pobre é inocente Perico la esposa fiel, cuidadosa, amante, la consorte irreprochable, que su alma enamorada soñaba poner en el hogar doméstico como se pone una santita en su altar?

—¡Imposible! — rugió una voz dentro de mi conciencia — el callar sería un pecado mortal... es preciso decir la verdad, por cruel que ésta sea...

Y quizás en aquel momento de profunda lástima y de violenta indignación que sentía, hubiese brotado de mi boca la verdad terrible, á no oír la voz de mi amigo, que ingenuamente preguntaba:

—¿No es cierto que esta cara respira bondad y nobleza?

Y entonces otra voz me advirtió desde lo íntimo de mi alma:

—¡Cuidado!... Si hablas, puedes matarle...

* * *

Desde aquel momento batallé, día y noche, en medio de una lucha angustiosa. ¿Debía revelar á Perico el repugnante secreto y abrirle los ojos y demostrarle la indignidad de la mujer á quien se disponía á llevar al altar? ¿No era un caso ineludible de conciencia impedir un enlace que constituía un inicuo engaño, una trampa para cazar á un hombre honrado, leal, lleno de nobilísima y mal puesta confianza?

—Pero, — decíame también — si revelas esa dolorosa verdad, si cuentas á tu amigo el triste pasado de su novia, ¿no te arriesgas á darle un golpe formidable en medio del corazón, uno de esos golpes que matan á un hombre?... ¡Oh! si se tratara de otro sér, de otro carácter, de un temperamento sano, enérgico, la cuestión no ofrecería dificultad; la herida causada por mi revelación sería dolorosa, pero no peligrosa; mas tratándose de ese pobre muchacho enfermizo, dotado de una sensibilidad tan exquisita, que ha tenido dos ataques de hemoptisis... ¿quién te responde de que esa revelación no le cause el mismo efecto que una puñalada? Nó... lo mejor es callar y dejar que el destino se cumpla...

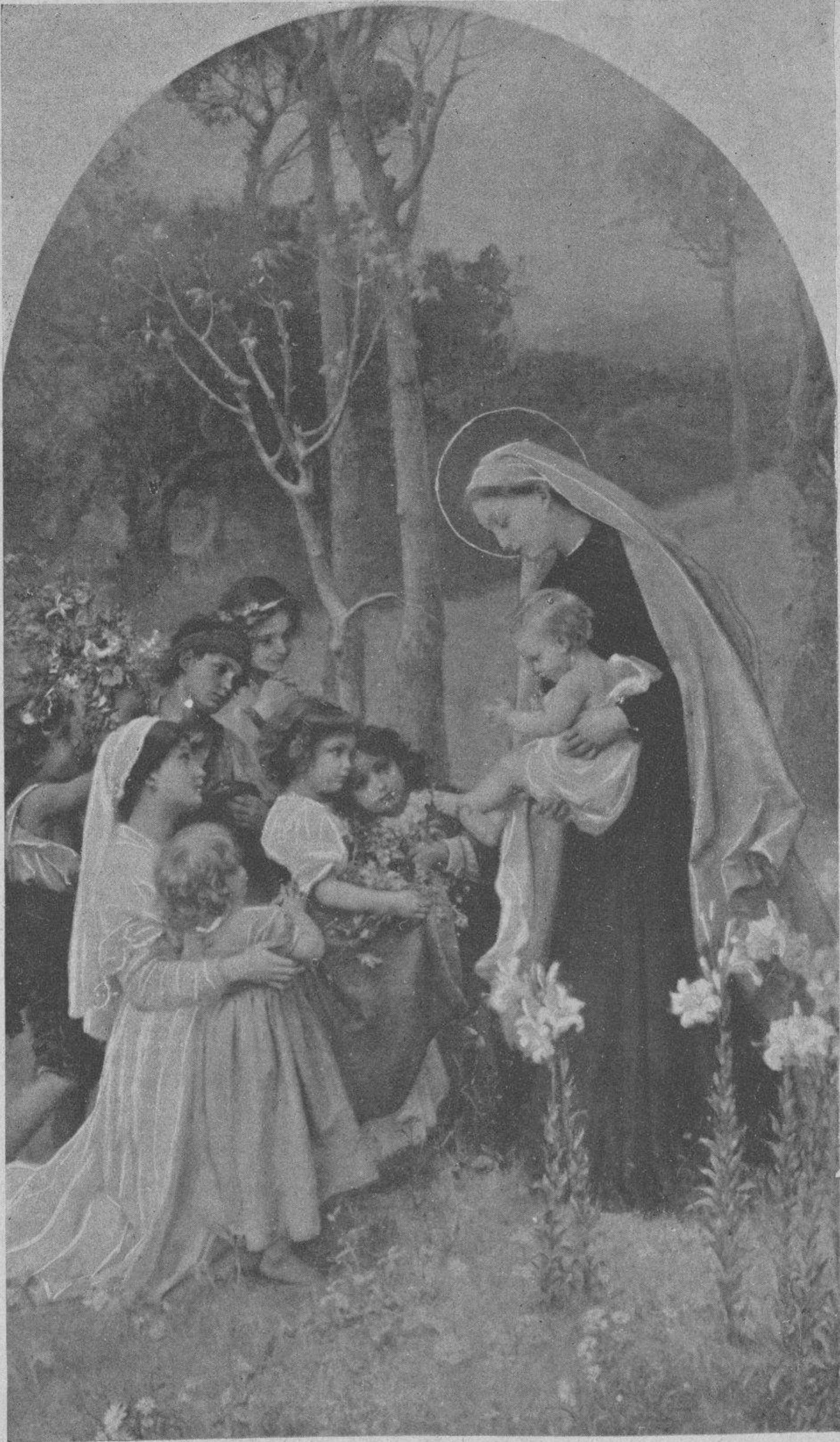
Y callé, en efecto; acobardado por los opuestos temores que en mi espíritu se combatían, dejé pasar el tiempo... y dejé que el matrimonio se consumara. A pesar de los deseos, de las instancias de Perico, no quise asistir á la ceremonia. Busqué un pretexto (una ausencia obligada de algunos días) para evadir el compromiso. Al regresar á Barcelona, supe, con cierta satisfacción, que los dos esposos se habían trasladado al campo para restablecer la salud del marido, y que quedaban definitivamente instalados en una finca por todo el año.

Tres meses después recibí una carta entusiasta de Perico: «Soy el hombre más feliz del mundo... Mi esposa es un ángel... ¡qué ternura la suya!... ¡qué delicadeza de sentimientos!... ¡qué alma tan pura y tan noble!... y ¡qué mujer hacendosa y entendida!... ¡qué ama de casa incomparable! ¡bendito sea el día que la conocí!»

* * *

Esa felicidad duró muy poco: año y medio. Un día supe que Perico había fallecido de un nuevo ataque de hemoptisis, y entonces me trasladé á la quinta que habitara desde su casamiento.

E. DITE



Las criaturas de Dios



Huída á Egipto

Carmelita, hermosísima bajo sus tocas de luto, llorando á lágrima viva, afectó no conocerme. Imité su disimulo, la dí emocionado el pésame, y me retiré luego á ofrecer mis consuelos á la pobre tía Clarita, que sollozaba amargamente en la cámara mortuoria.

— Una sola idea me consuela, — decíame la anciana después de desahogar su pena en un mar de llanto, — y es el pensar que mi pobre Perico ha vivido tan dichoso, tan feliz, durante este tiempo. ¡Oh! sí, desde que se casó, su vida ha sido un paraíso... un cielo. ¡Que Dios le pague á Carmelita su cariño y su abnegación! Es un ángel, amigo mío, un ángel en la tierra.

La plácida expresión que se pintaba en la lívida fisonomía del cadáver parecía confirmar estas palabras, y en mi interior me dí calurosamente el parabién por haber sabido callar la verdad.

JUAN BUSCON.

Cañitas

Afirmas que no me temes,
porque no soy poderoso,
¿Ves la hormiga? Mata el fruto
de los árboles frondosos...

¡Si seré yo desgraciado!
No logré lo que quería:
verla con cabellos blancos...

J. ENRIQUE DOTRES.

Cuento viejo

De la nariz enfermó un ilustre portugués, y, al verla, un médico inglés amputarla decidió.

No le pareció al enfermo muy conveniente aquel plan, y consultó á un alemán, médico del rey Guillermo, quien, después de examinarla, dijo al paciente infeliz:

— Tan grave está esa nariz que urge, cuanto antes, cortarla.

Tampoco muy conveniente encontró esto el portugués, y á un operador francés consultó inmediatamente.

El francés examinó la nariz con gran cuidado, y con tono reposado

— Hay que cortarla — exclamó.

Al hijo de Portugal no le pareció esto bueno, y en busca de otro galeno le echó su miedo cerval.

Tras cien viajes infructuosos, la suerte le puso en pista de un famoso especialista

en males escrofulosos.

— Doctor — dijo el infeliz — mi existencia es un tormento. Aguce usted su talento, y sálveme la nariz.

Mil médicos de alto porte me han dicho que hay que amputarla; ya ve usted, ¡qué horror!... ¡cortarla! ¡Yo no quiero que se corte!

Escuchó el especialista con calma al pobre paciente, y con tacto inteligente pasó á la nariz revista.

Cuando el examen cesó, exclamó el doctor: — Amigo, á su salvación me obligo. — ¿Pero hay que cortarla?

—Nó.

Cese usted en su desvelo; la operación es sencilla. Suba usted sobre esta silla y salte después al suelo.

Diligente el portugués cumplió la orden con ahinco, y al dar el terrible brinco... ¡la nariz cayó á sus pies!

CLETO.

ARGEMÍ



Misa del gallo



La fachada

Fot. A. Merletti

Los zapatos

CUENTO DE NAVIDAD

Había nevado toda la noche ; fué una de las más crudas que yo recuerdo desde niño, y también para mí una de las más tristes. Pasé aquella Noche buena muy mal, solo, tendido en una otomana y oyendo el azote continuo de la nieve en los cristales.

A las ocho salí, arrostrando el mal tiempo ; se me brindaba con cena de familia, patriarcal, en la casa de un amigo ; pero cuando llegué anunciáronme en la puerta que estaba agonizando la hija menor. Huí pesaroso, sintiendo que me envolvía la sombra gris de la tristeza, ¿ cómo diré ? como nos envuelve la ola horrible de la realidad en las desventuras irremediables.

Por eso no quise buscar el blando refugio del lecho. Bien sabía que aquella dulce ilusión de mi vida no iba á tener otro remate : que acabaría así, con una ráfaga obscura que envolvese perdurablemente todo mi sér.

Amaba yo á una damita hermosa, alta, rubia ; la amaba con toda la fuerza de unos diez y ocho años llenos de luz. Era amor condenado por los hombres, sin mancha aún. Tenía su misterio adorable... tan adorable, que nunca, nunca osaré profanarlo ni descubrirlo. Nunca.

Diré, pues, que á la mañana siguiente debía ir á verla, para que pasáramos juntos el día de Navidad. ¡ Todo el día en su hotelito, á dos leguas del pueblo, sin testigos importunos ! La primera y quizás la única vez que lograría yo semejante ventura.

Por la tarde anduve dando vueltas queriendo escoger un regalo que le hiciera batir las palmas alegremente. ¿ Cómo fué que me robó los sentidos aquel lindísimo par de zapatos ? ¿ Por qué había de llevar zapatos y no otro objeto á una mujer rica ? Jamás he podido explicarme tan extraña obsesión. Sé que ninguna joya, ningún capricho me halagaba y que cargué con el raro presente.

El día despertó envuelto en brumas. Un sol opaco rasgaba débilmente las nubes y corría el aire sutil hiriendo la carne.

Me forré en pieles y salí al campo. Había en la Naturaleza soledad abrumadora. La blancor del suelo, contrastando con la negrura de arriba, hacía daño en los ojos. Y yo iba adelante, nó ligero y alegre, sino envuelto por aquella tristeza horrible que llenó mi espíritu la víspera y pesaba con la pesadumbre de una cruz.

Arrastraba también mi insomnio, y sentía frío, mucho frío.

Cuando llegué, la damita alta y rubia estaba esperándome en la verja. Echóme los brazos al cuello y me besó. ¡ El primer ósculo suyo ! La sangre se me alborotó en las venas ; todos mis nervios saltaron ; una oleada de fuego me encendió vivo... y se escapó por la boca.

— ¿ Qué llevas ahí ? — preguntó, cogiendo la caja que asomaba por un bolsillo del gabán.

— Tómalo... eso.

Abrió la caja ; sacó los zapatos, ¡ y, oh Dios ! ¿ por qué aquella mujer rica se puso alegre como un chiquillo al recibir el raro presente ?

— Para mí, para mí, — decía. — Y dejó la caja sobre la nieve y volvió á estrujarme, sintiendo una ráfaga neurótica en sus bracitos dulces.

Allá, detrás de la verja resonó una voz ¿ resonó digo ? La oigo siempre, siempre resonando en mi cerebro. ¡ Una voz tan triste, tan dolorosa, tanto !

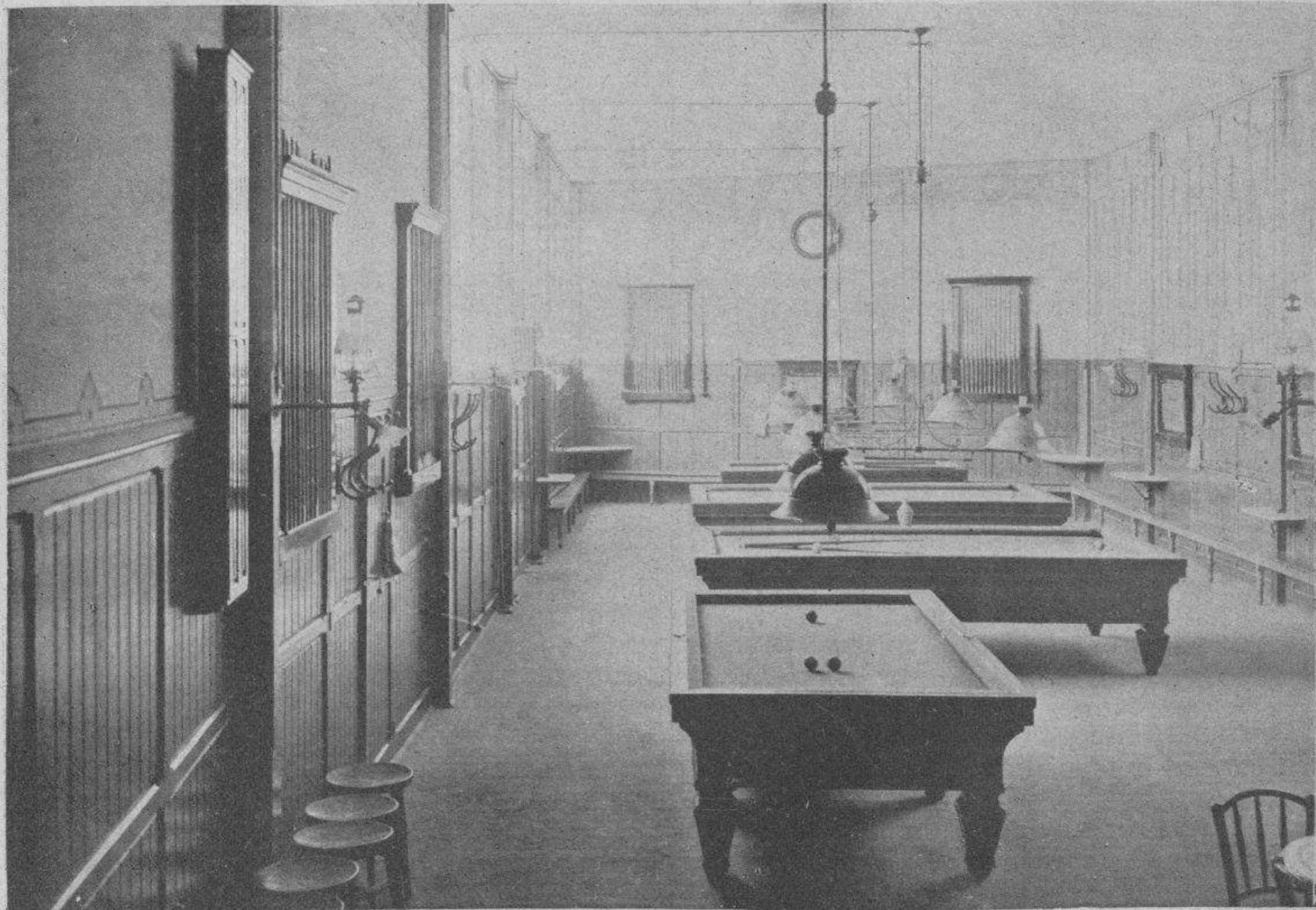
— ¡ Por el amor de Dios !

Volvimos la cabeza... ¡ y yo sintiendo una crispadura horrible ! Era una mujer que pasaba dando el pecho á su criatura. Nos dijo, con acento que sonaba á sollozos, que pasó la noche buena abajo, en una cueva del camino, sin cenar, y que el angel de Dios lloraba, lloraba continuamente heladito por el frío. Ella, para acallarle, le había ido dando el pecho toda la noche. Le quería mucho, mucho, y le apretaba en sus brazos sin sentir el hielo de los copos que iban borrando los senderos y las lindes.

— ¡ Ahora mírenlo cómo duerme !

— ¡ Y qué rubio ! ¡ y qué hermoso ! — dijo la damita.

CAFÉ DEL CIRCO ESPAÑOL — BARCELONA



Salón de billares

Fot. A. Merletti

Saqué el portamonedas y le dí toda la plata que llevaba en él.

— Nó, nó.

La miré con extrañeza. Aquel «no» tan dulce, tan tierno ; era también tan puro ! La damita añadió, fijándose en los pies de la pobre :

— ¡ Y va descalza !...

Fijó en mí sus ojos más bellos que nunca, húmedos, y le entregó mi caja :

— Tome... pero entre, vamos arriba.

Entramos todos en el hotelito ; llegamos al comedor elegante donde ardían y chisporroteaban algunos troncos de árbol ; nos hizo sentar la damita y... lo que no me puedo explicar es por qué se descalzó, por qué se quitó las medias y se las puso á la pobre con sus propias manos. Después fuese descalza á buscar otras medias en su ropero, y entró murmurando :

— ¡ Qué horrible ! ; qué horrible ! ; qué horrible !

En seguida cubrió con manteles la mesa y sirvió qué comer. Y luego me pidió el monedero y lo llenó... de oro ; y luego...

¿ No lo querréis creer, verdad ? Pues bajo juramento lo digo. Luego bajamos al jardín, y en la verja, besándome en la frente y sonriendo, me mandó con imperio de reina hermosa :

— Amigo mío, acompaña á esta pobre hasta el pueblo ; la nieve ha borrado los caminos ; que no digan que robó ese oro y esos zapatos que han sido nuestra redención. Hoy es la Natividad de un Dios que quiso que nos amásemos todos como hermanos.

Yo también la besé con un beso puro, muy puro. Y... me fuí, ¡ me fuí para siempre, á arrastrar por el mundo mi cruz !

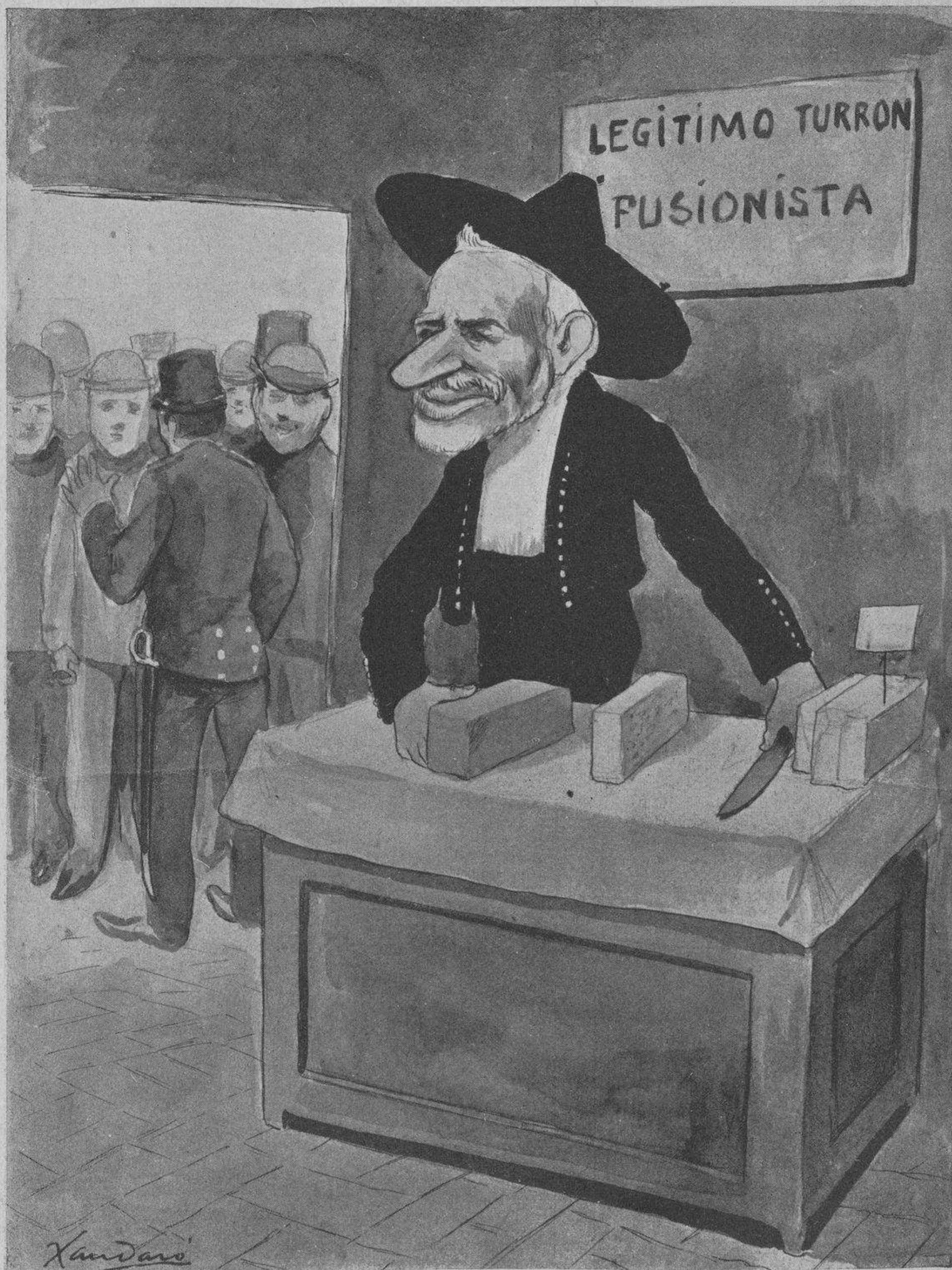
J. F. LUJÁN.

CIRCO ESPAÑOL — BARCELONA



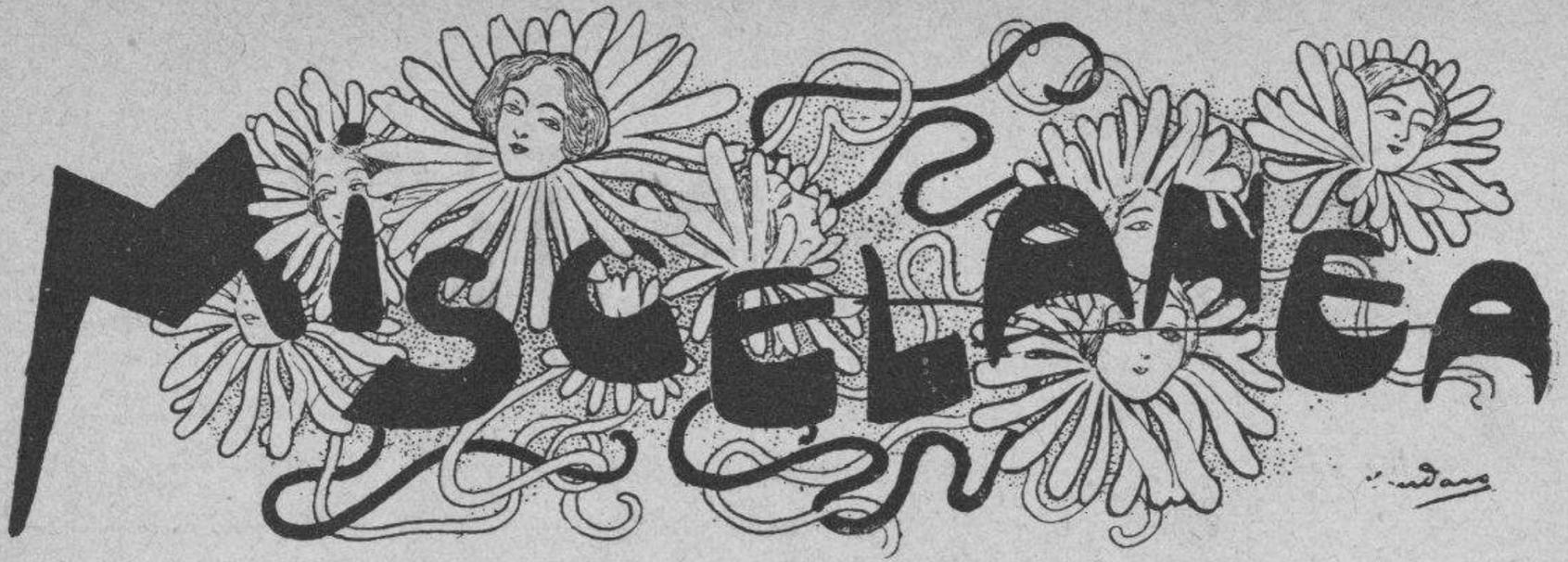
El café

Fot. A. Merletti



¿Cómo es posible que pueda contentar á tanta gente?

Si entran todos no me queda ni para que hinquen el diente.



AVISO IMPORTANTE

El n.º 372, ó sea el primer número correspondiente al año próximo, que es el IX de nuestra publicación, constará de 40 páginas.

Preparamos para dicho número importantes mejoras, que seguiremos aplicando en los sucesivos, pues nuestro propósito es colocar LA SAETA en el rango de los primeros periódicos de su índole, cosa que esperamos conseguir, contando siempre con el favor, no desmentido hasta hora, del público.

Los corresponsales tendrán que abonar por el citado número extraordinario 30 céntimos y el resto del público 40.

Prevenimos á los señores corresponsales que si desean aumentar el pedido ordinario, deben apresurarse á comunicar sus órdenes á esta Administración, para que con tiempo podamos fijar la tirada, pues ya es grande el número de encargos que recibimos, y sentiríamos no poder servir convenientemente á todos.

Y nada más por hoy; es tal la importancia de las mejoras que hemos de introducir, que creemos ocioso enumerarlas.



Leo en un periódico:

«El invierno actual ¿será suave ó riguroso?»

No hay más que una clase que pueda contestar hasta la primavera á esa pregunta.

La clase de cesantes.



Un caballero encuentra á cierto amigo. Este le pregunta por la familia, y contesta aquél muy serio:

—No me hables, chico; la familia, siempre aumentando.

—¿Cómo aumentando? Pues no sabía que tu mujer...

—Sí, mi mujer se empeñó en que la comprara un loro.



Una señora á su criada:

—Vete á la carnicería y mira si el carnicero tiene pies de cerdo.

La criada vuelve poco después:

—Señorita, no he podido verlo, el carnicero llevaba las botas puestas.



Murió de amor Abelardo,
de amor Julieta y Romeo
y me moriré yo... de hambre,
si no me dan un empleo.



Final de un telegrama:

«Créese que por Navidad ya se habrán presentado todos los rebeldes á nuestras autoridades.»

Es el mejor pavo que deseo á los lectores de LA SAETA.

Correspondencia

R. P. A.—Bueno, abre uno la primera carta que ve sobre la mesa y se encuentra con dibujos. Pero fijese usted en que LA SAETA, ya no publica monos. Además, los cuentos ¡pshé! usted los llama viejos, y efectivamente.

Jofregen.—Tortosa.—Gracias, muchas gracias portodo, y por los elogios inmerecidos. Veré de aprovechar algo.

K. la Baza.—Si no fuera un drama en tres actos, y tan largo, lo mandaba componer íntegro. Empieza: Desde O***

Bañando con la amargura
de mi llanto el triste suelo,
por donde con raudo vuelo
hoy mi mente se apresura
buscando grato consuelo
vine á aquí
soñando con los encantos
de tu sí.

¿Con qué un raudo vuelo por el suelo? ¡Pues, hombre ni que fuera usted codorniz! Esas cosas le pasan á quien apresura la mente. Procure usted refrenarla, amigo.

J. P. C.—«El niño Jesús nació,
el niño Jesús nació
en noche de noche buena...»

¿Y á eso le llama usted unos villancicos?

¡Será un romance de ciego!

J. F. L.—¡Lástima que Morse se le haya adelantado!

N. T.—Sí, queremos publicar su retrato. Bueno, hombre, pero encargue usted al fotógrafo que sea discreto con la cabeza.

D. N. U.—«La luz se está haciendo...» Esperemos á que hayan desaparecido del todo las tinieblas.

Luciérnaga.—¡Brillará usted muy bien de noche!

J. Q.—Son aceptables, nada más que aceptables.

L. P. D.—Tendrá que corregirlo mucho.—D. G.—No.—V. A.—No.—A. T.—No, no, no... ¡qué diablo!

Dionisio.—Mire usted, me congratulo de encontrar una cosa real y positivamente buena. He sacado la lotería; pero... sí, señor, hay un pero; que no me fio ni de mi sombra. Mande usted la firma legalizada por tres notarios.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Bambra del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año	17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona